EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM. 13986

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 11 DE JULIO DE 1908

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont.

Nuestra situación en Muni

Desde Fernando Póo se reciben noticias alarmantes sobre los sucesos últimamente ocurridos en Bata y el Río Muni.

El día 18 de Mayo los pamues del Rio Utamboni, afluente del Muni, robaron y saquearon la factoría que la Compañía Trasatlántica tiene establecida en Cangañe, asesinando al representante europeo de la misma señor Velar.

Pocas semana antes había sido muerto en el mismo Río un cabo de infantería de Marina en ocasión de encontrarse durmiendo.

La frecuente repetición de estos hechos que es consecuencia inmediata á la desastrosa política que hasta la fecha allí se ha seguido requiere un castigo ejemplarísimo y en su consecuencia el gobernador de aquellas Colonias dispuso que una columna de cien hombres al mando del teniente de infantería de Marina D. Luis Anisi, remontase el Río Muni y castigase severísimamente á las tribus de esa parte de nuestras posesiones.

Las últimas noticias aseguran que el día 7 de Junio, esta fuerza se encontraba en M' Bonde después de haber quemado 12 pueblos pamues y haber apresado á los autores del asesinato del señor Velar, afirmando que esperaban la llegada de unos guías para con ellos penetrar al interior y casi sobre las plantaciones donde se han refugiado los pamues del Río Utamboni.

Mientras esto ocurría en el Muni, en el distrito de Bata, han acaecido sucesos de mayor gravedad si cabe que los anteriores, pues demuestran hasta qué punto deja de estar garantida la seguridad personal en aquellos territorios.

Los pamues de las tribus «Yembis» viene desde hace tiempo cometiendo todo género de tropelías sin que hasta la fecha hayan sido castigados.

Ultimamente robaron y machetearon á un indígena de otra tribu que á su regreso de Fernando Póo donde había estado trabajando se dirigía á su pueblo conduciendo algunas mercancías adquiridas con el importe de los sueldos que allí había ganado.

Conocedores los referidos Pamues Yembis de salida del distrito de Bata, de la mayor parte de los soldados que fueron á la expedición del Río Muni duplicaron sus actos de violencia hasta tal punto que los indígenas de las tribus inmediatas se presentaron ante el subgobernador del territorio suplicándole castigase á los pamues de referencia.

En vista de esto, ordenó la mencionada antoridad que saliese á castigarlos el teniente de infantería de Marina señor Carlos Roca, al mando de doce únicos soldados que quedaban en el distrito.

Al amanecer del día 27 de Mayo llegó esta fuerza á los pueblos de Dongoloc Jefe de los Pamues de referencia situados á unos 15 kilometros de la capital, estos al advertir la presencia de los soldados huyeron á la desbandada dejando sus pueblos abandonados pudiendo tan solo apresarse á uno de ellos que fue aprendido á la entrada del primer pueblo.

Destacamento mandado por el teniente Roca les persiguió inútilmente pues se internaron en el bosque sin hacer frente á la tropa, en su consecuencia esta regresó de Muni á Bata conduciendo fusiles y ganado lanar que había encontrado en los pueblos, abandonados poco antes de salir del último de ellos advirtieron la presencia de los pamues que á uno y otro lado de un barranco por el que tenía que atravesar el pequeño destacamento esperaban emboscados este momento para atacarle, afortunadamente fueron vistos é inmediatamente rompieron el fuego contra ellos desalojándolos de nuevo hasta sus pueblos que fueron quemados causándoles un muerto y varios heridos regresando acto continuo á Bata á dar cuenta de lo ocurrido al subgobernador del distrito.

En la tarde del referido dia los pamues castigados por la mañana atacaron un poblado indígena de tribu distinta situado en las inmediaciones del destacamento retirándose de nuevo tan pronto vieron la llegada de esto que les persiguió de nuevo haciéndoles un herido.

En vista de esto se han reconcentrado en Bata los destamentos de Rio Benito y de Rio Campo para evitar puedan los pamues cumplir sus amenazar de quemar las factorías extranjeras de las inmediaciones, esperando órdenes del gobernador general para marchar decididamente contra el jefe Dongoloc y obligarle á internarse en el bosque ó se presente á implorar perdón y sufrir el correctivo conveniente.

Tal es en conjunto el estado de nuestras posesiones del golfo de Guinea, si no se emplean procedimientos enérgicos con aquellos naturales, la situación empeorará seguramente y tendrá que arrepentirse nuestro gobierno de la débil política de atracción que allí se sigue.

CUENTO DEL SABADO

LA FIERA

¡Vamos María! ¿Es eso para hoy ó para cuándo?

A este requerimiento se volvió y desde la habitación inmediata contestó:

—¡Oh, mamá! ¡Estaba mirando á ese pobre hombre á quien nadie da de comer! ¡Parece mentira que los perros y los pájaros sean antes que él.

—Eres verdaderamente muy sentimental; en fin, termina, que tu padre espera el almuerzo.

Mientras este diálogo se sostenía fuera, allá en las últimas casas del villorrio, los muchachos cesaron de gritar y los perros se detuvieron á su vez á la entrada del bosque, desde cuya linde el mendigo Ravaud se volvió colérico amenazando con su bastón á los chicos, á los perros y al pueblo.

Una oleada de sangre agolpóse á su cerebro, y por un momento, en la exaltación de sus nervios, pensó en el pillaje, en el incendio y en el asesinato.

Las miradas asustadizas de las muchachas que se retiraban á su paso le hicieron recordar que era un hombre. Los gritos y las risotadas de las jóvenes le hicieron sentir la tentación de colocar su mano sobre una de aquellas y llevársela como presa á lo más intrincado del bosque. Y, estas emociones renacían en él, y al persistir se confundían con su cólera y con su odio, mucho más desarrollados que el hambre.

Ravaud penetró en la selva, en donde se sintió libre, amo, rey.

De pronto, cierto ruido inmovilizó á Ravaud, que retuvo su aliento. Alguien se aproximaba por el camino del pueblo. Poco á poco los pasos fueron acercándose rápidos y ligeros como los de un niño.

A fin de ver quién se acercaba, Ravaud se deslizó por entre los árboles y, separando el ramaje, miró hacia el camino.

Ravaud no tardó en ver que quien llegaba era una muchacha que llevaba una cesta en la cabeza. Los ojos del mendigo brillaron.

La muchacha que avanzaba pertenecía á aquellas gentes que á todas horas lanzaban contra él sus perros y sin duda pertenecía también al número de las que bailaban en derredor suyo, arrojándole piedras. A través del ramaje distinguió la silueta de la jovenzuela, que lucía desnudas sus pantorrillas y sus pies. Entonces se arrojó al suelo, se deslizó por éste, y, como un animal que acecha su presa se colocó al borde del camino. Prestó atención cuidadosa hacia el pueblo y hacia el bosque. Todo estaba en silencio. En la selva no había nadie más que él, la fiera dispuesta á saltar sobre la pequeña presa que, ingenua, avanzaba.

Por fin se acercó, y Ravaud surgió ante ella.

La niña, al verle, no pudo reprimir una exclamación. Pero su grito era de sorpresa solamente, pues al ver al mendigo metió su mano en la cesta, al mismo tiempo que le decía:

—¡Tenía miedo de no encontraros!

Y la inocente criatura no se sorprendió de que aquellas manos criminales se tendieran hacia ella.

—¡Tomad! ¡Ahí tenéis pan y un poco de carne! ¡Es todo lo que he podido reunir para vos! Tengo que llevar el almuerzo á mi padre, allí en lo más espeso de la selva, y mientras lo preparaba he tomado también esto para vos.

Con una mirada estúpida, Ravaud miraba alternativamente á sus manos llenas de comida y á la niña, que le sonreía tiernamente.

—¿Qué hacéis que no coméis? Nadie sabrá que yo os lo he dado. Si se apercibieran en casa, diría que yo me lo había comido porque tenía hambre, y si me castigaran, entonces, yo no lloraría, porque pensaría en vos.

La niña se interrumpió un momento y echando mano á su bolsillo, sacó un racimo de uvas, y dijo al mendigo:

—Tomad uvas. ¡Esto os quitará la sed!

Ravaud las tomó, y al cogerlas se estremeció. Y Ravaud, que tenía hambre, mordió el pan al mismo tiempo que retenía en la suya la mano de la niña.

—¡Quédate!—la dijo.

—Un momento sí—contestó ella;—pero nada más que un momento, porque mi papá me espera.

¿Está lejos tu padre?—preguntó Ravaud.

—A un cuarto de hora de aquí. Allá donde se hace el carbón.

—¿Cómo te llamas?

Yo me llamo María y mi papá es carbonero. Es muy divertido ver hacer carbón. Se ponen cuatro perchas en medio de un gran círculo. Después se colocan trozos de madera, por capas, unos encima de otros, y luego se cubre todo con corteza roja y tierna. Se dejan solamente algunos agujeros para que el viento pase y se le pone fuego como es de rigor. Y todo ello humea, como sabéis, y según parece en los volcanes que se ven en los libros de la escuela.

Y la niña se ayudaba con gestos para mejor explicarse.

De pronto se detuvo y dijo:

—Pero. . ¿no coméis?

El semblante conturbado del mendigo se prendió á María, que le preguntó:

—Tenéis pena, ¿no es eso? Y ¿acaso os la producen esas gentes?

Sin responder Ravaud se puso á comer, temblándole las manos al llevarse la comida que María le había facilitado.

—¡Papá también tiene á veces penas!

Pero cuando esto sucede salto sobre sus rodillas y le abrazo con todas mis fuerzas. Y vos ¿no tenéis acaso una hija que os abrace?

Esta vez el semblante de Ravaud se alteró dolorosamente, y con voz insegura, revelando en ella cierto esfuerzo, dijo:

—¡Escucha, niña; ¡Vete, vete!

—¡Cómo, me miráis!—contestó inquieta María.

Ravaud volvió á otro lado la cabeza y repitió casi brutalmente:

—¡Vete; ¡Te digo que te vayas!

—No—dijo María—Ya no puedo dejaros así cuando veo que sufrís. ¿Será esto quizá porque os he hablado de vuestra hija?

Y diciendo esto, María se puso de pie. Su rostro alcanzaba el rostro del mendigo, que se hallaba sentado al borde del camino. Su pecho le tocó en el hombro é inclinándose le dijo con insistencia tenaz, infantil:

—Sí, sí. ¡Quiero que me perdonéis! ¡Qué no tengáis pena! ¡Dejadme abrazaros!

—¿Abrazarme?

—¡Sí, como á papá!

Y sus dos brazos se alzaron al cuello del mendigo, depositando en su barba ruda, mal cuidada y sucia, el beso candoroso de sus labios virginales.

Ravaud se estremeció y, no pudiendo contenerse, gruesas lágrimas rodaron por sus ojos.

—¿Lloráis?

—No—dijo Ravaud. Esto no es nada.

Y llevando las manos á sus ojos los limpió, restregándose en ellos. Apenas si recordaba lo que era aquel agua que acaba de mojarle las mejillas. Pero, sin darse cuenta de ello y sin poderlo reprimir, toda una oleada de impresiones confusas, inenarrables, surgidas del fondo de su juventud y de toda la áspera miseria de sus días, asaltaron su corazón y su cerebro.

Poco á poco todas aquellas cosas, que no habían sabido explicar, todos aquellos sentimientos que desde hacía un momento atormentaban su pecho rudo, concluyeron por dominarle y vencerle. Conoció la bondad, la piedad, el reconocimiento.

Le pareció que la tierra era más bella y que la ternura lo dominaba todo.

Los brazos del mendigo se abrieron á su vez, enlazó entre ellos á la niña, la estrechó contra su corazón y posó los labios sobre su frente pura y sus mejillas nacaradas.

—Ven!—la dijo.

Y cogiéndola de la mano, conduciendo él en persona la cesta para que no se fatigara la niña, empezó á alejarse por entre la selva, huyendo del camino para no encontrar á nadie por temor de que su bienhechora é inocente amiga sufriera las conse-

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 4

otros «que no había cambiado en el orden esencial de las cosas». Pasado el primer gran pánico, Caterham, apesar de su poderosa elocuencia, quedó reducido á una personalidad secundaria en el mundo político y, en opinión de las gentes, como un propagador de ideas extremas.

Unicamente con el tiempo y muy despacio, fué como Caterham consiguió abrirse camino para una posición importante en los asuntos. «No hay cambio en el orden esencial de las cosas», repetía, con aquel eminente «leader» del pensamiento moderno que se llamó doctor Winkler, y hasta los demagogos de lo que en aquella época se titulaba «liberalismo progresivo», se ponían sentimentales al considerar la falta esencial de sinceridad de su «progreso». Sus sueños se reducían, al parecer, á las naciones pequeñas, á los idiomas pequeños, á las familias pequeñas que habitan pequeñas fincas. La moda estaba por lo pequeño, por lo precioso. Ser grande, «era ser vulgar. Delicado, pequeño, bonito, miniatura y perfectamente diminuto, eran las palabras sacramentales de aprobación crítica. Entre tanto, sigilosamente, con el factor del tiempo tan generoso con los niños, los hijos del alimento entraban en un mundo que tenía que modificarse para recibirles; aumentaban en fuerzas, en estatura, en conocimientos, llegando á ser individuales y á estar llenos de iniciativas, alcanzando

LIBRO SEGUNDO

LA HERACLEOFORBIA EN LAS POBLACIONES

CAPITULO PRIMERO

LA LLEGADA DEL ALIMENTO

I

Nuestro asunto, que se inició tan modestamente en el cuarto de estudio del profesor Benoignet, se ha ido distribuyendo y diseminando tanto, que, al tomar diversos rumbos, constituye desde ahora una verdadera historia de expansión. Observar el proceso del alimento de los dioses es lo mismo